

# CIENTÍFICOS Y PERIODISTAS\*

SCIENTISTS AND THE MEDIA

1ª parte

## POR QUÉ VALE LA PENA LA COMUNICACIÓN

Robert Finn

---

*Serie de tres artículos en los que el autor reflexiona acerca de las relaciones existentes entre los científicos y los medios de comunicación como vehículo de difusión pública de su trabajo. En el primer capítulo, después de comentar algunos de los tabúes en torno a la «popularización» del trabajo de los científicos, se revisa el porqué éstos deberían cooperar en la difusión de su investigación. El segundo trata sobre los medios para colaborar con los periodistas y de las «normas» básicas para facilitar estas relaciones. Por último, en la tercera parte se analizan los métodos para trabajar de un modo más efectivo con los encargados de los gabinetes de prensa a nivel institucional.*

---

*A series of three articles in which the author reflects on the relationship between scientists and the media as a vehicle for public dissemination of their work. In the first chapter, after commenting on some of the taboos regarding «popularising» the work of scientists, the author examines why scientists should co-operate in disseminating their research. The second deals with the means available for collaborating with journalists and the basic «rules» which facilitate these relations. Finally, the third part analyses the methods for working more effectively with the heads of press departments on an institutional level.*

---

\* Estos tres artículos fueron publicados en la revista electrónica *HMS Beagle* (<http://www.biomednet.com/hmsbeagle>) entre mayo y julio de 1997

---

\* Series published in the on-line journal, *HMS Beagle* between May and July 1997.

Cuando yo estaba en la universidad, a finales de los setenta, Carl Sagan estaba en la cumbre de la fama. El astrónomo, que murió en el mes de diciembre de 1996 a los 64 años, a menudo aparecía en el programa «Tonight Show with Tony Carson», y era el productor y el presentador de «Cosmos», aún hoy la serie de mayor éxito en la historia de la televisión pública. Escribió un *best-seller*, *Los dragones del edén: especulaciones sobre la evolución de la inteligencia humana*. Se le citaba con frecuencia en las

noticias, y hacía comentarios sobre temas que iban desde el último descubrimiento astronómico o los peligros de una guerra nuclear. Pero aunque Sagan era sin duda el científico más famoso desde Einstein, y aunque aportó una gran cantidad de trabajos científicos de sólidos resultados, muchos investigadores lo miraban con condescendencia y se burlaban de él.

Recuerdo a mis tutores de la universidad mostrando como ejemplo negativo la evidente voluntad de Sagan de popularizar y promover el interés por la ciencia. Se me decía que yo no querría ser así. Que no era

un científico *serio*. Que le interesaba más el dinero y la gloria que la ciencia: «¿Cuántos científicos conoces que tengan compañías productoras de televisión propias? ¿Cómo se atreve un astrónomo a escribir un libro sobre *evolución cerebral*? Sagan no es un verdadero científico; es un científico *disco*», afirmaban.

Pese a que las críticas a Sagan disminuyeron progresivamente con los años, nunca dejaron de existir. Estas críticas se debían en parte a la envidia que causaba su fama y su riqueza. Pero yo diría que, sobre todo, las críticas se dieron porque Sagan violó unas cuantas normas culturales de la ciencia apenas articuladas.

Existe un tabú en la cultura de la ciencia sobre la publicidad por cuenta propia. Existe un tabú en la cultura de la ciencia sobre «la publicación de información en el *New York Times*». Existe un tabú en algunas áreas de la ciencia sobre cualquier cosa que no sea la investigación «pura», mejor cuanto más esotérica y más lejos de las consideraciones prácticas. Y existe un tabú en la cultura de la ciencia que prohíbe simplificar ese trabajo exquisitamente esotérico hasta el punto de hacerlo comprensible al pueblo llano.

Yo sostengo que es importante que todos los científicos se deshagan de estas ligaduras culturales, y que hagan patente una voluntad, casi un fervor por hacer públicas sus investigaciones, por cooperar con los periodistas, y por colaborar en las noticias que de ellos se desprendan. En este primer artículo trataré el porqué los científicos deberían cooperar en la difusión de

su investigación. En el segundo trataré sobre los medios que tienen los científicos para colaborar con los periodistas. Y en el último, sobre los métodos para trabajar de un modo más efectivo con los encargados de los gabinetes de prensa a nivel institucional.

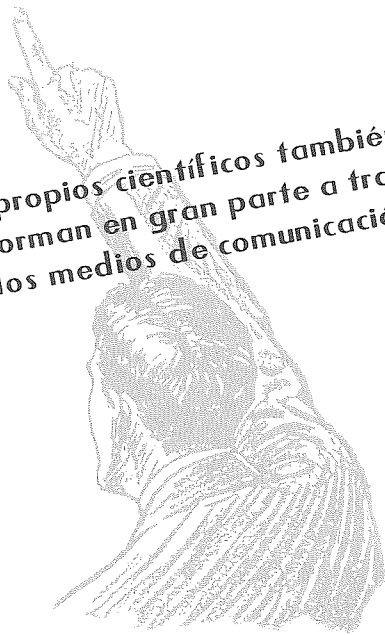
Me baso para los tres artículos en mi propia experiencia como periodista científico. Recibí formación como neurólogo, y trabajé durante siete años en el departamento de comunicación de la universidad antes de empezar a trabajar de forma completamente autónoma, hace cinco años. También me guiaré por el excelente análisis que se realiza en el panfleto que lleva por nombre «La comunicación de las noticias científicas: guía para profesionales de la información, científicos y médicos», preparado y distribuido por la National Association of Science Writers (Asociación Nacional de Escritores Científicos). Este panfleto también se encuentra on-line, y también se pueden encargar copias de la versión impresa.

Existen razones altruistas para publicar la propia investigación en los medios de comunicación. Está claro que la ciencia y la tecnología juegan papeles de importancia crítica en nuestra sociedad, del mismo modo que resulta evidente que la mayoría de la información sobre ciencia que llega a casi todo el mundo lo hace por los periódicos, no a través de la educación formal. Así que, colaborando con los periodistas, los científicos están colaborando a la educación del público sobre un aspecto importante de los asuntos públicos.

## Robert Finn

Robert Finn deseaba convertirse en un investigador en neurociencias, pero a mitad de camino en su carrera universitaria descubrió que prefería escribir sobre ciencia que hacer experimentos. Fue redactor científico jefe en el California Institute of Technology (Caltech) durante siete años, donde escribía artículos para revistas y comunicados de prensa, asesoraba a los científicos en su relación con los medios, y trabajaba con los propios medios sobre temas que iban desde terremotos hasta avances científicos. En la actualidad, es editor colaborador en *The Scientist*. Ha escrito además en numerosas publicaciones, que incluyen *Men's Fitness*, *Discover*, *Science Digest* y *HMS Beagle*.

**Los propios científicos también se informan en gran parte a través de los medios de comunicación.**



En segundo lugar, la investigación científica es posible a partir de los impuestos pagados por ese mismo público. Los científicos tienen la obligación ética de dar cuenta a sus promotores financieros sobre la manera en que se gastan los fondos.

Pero también existen otras buenas razones, más egoístas, para la cooperación con los periodistas. Atravesamos una época de dificultades presupuestarias, y la investigación científica y médica depende de una porción mínima del presupuesto nacional llamada gasto «discrecional» o «no específico». Si los científicos esperan que el público y sus representantes sigan apoquinando, lo menos que pueden hacer es mantenerlos informados sobre los resultados de su inversión.

Una segunda razón egoísta para hacer públicos los resultados de la investigación científica es que no es sólo el público el que se informa por los medios sobre los avances científicos. Según parece, los propios científicos también se informan en gran parte a través de los medios, y no sólo de temas que nada tienen que ver con sus especialidades. Esto quedó ampliamente demostrado en un estudio fascinante publicado en el *New England Journal of Medicine* (Phillips *et al.*, 1991).

Los autores de ese estudio analizaron los artículos del *NEJM* publicados en 1978 y 1979, y compararon los que aparecieron en el *New York Times* con los que no. Observaron que los estudios que se habían publicado en el *Times* habían sido citados un 72,8 % más en el año siguiente a su publicación que los que no aparecieron en ese periódico. La diferencia significativa de citas persistió durante 10 años por lo menos.

El estudio incluía un control muy bien elaborado para comprobar la suposición razonable de si el *Times* sólo estaba ofreciendo información sobre los estudios más significativos, que naturalmente habrían recibido más citas. En 1978, el *Times* sufrió una huelga de tres meses. Durante la huelga el *Times* produjo pero no distribuyó una «edición de registro», de forma que quedaba claro qué artículos consideraba dignos de cobertura aun cuando no se estuvieran publicando. Es significativo el hecho de que estos artículos dignos de publicación pero no publicados no fueran objeto de un aumento en la cantidad de citas refiriéndose a ellos en los años siguientes.

Una tercera razón egoísta para la cooperación con los periodistas es que dicha cooperación contribuye a asegurar que los periodistas recibirán la información por vía directa. Cuando un periodista llama a un científico para obtener información sobre algo, casi siempre es que ya tiene intención de escribir un artículo con o sin la cooperación del científico. Aunque siempre es posible que se les malinterprete o que se tergiverse su opinión, siempre tendrán más probabilidades de dejar sus puntos de vista claros si hablan que si se niegan a hacerlo. En mi próximo artículo hablaré sobre cómo pueden reducir los científicos las posibilidades de que se les malinterprete o de que se tergiversen sus palabras.

Nunca sabremos hasta qué punto ha llegado la contribución que Carl Sagan hizo a la ciencia en Estados Unidos. Sin duda ha alcanzado una esfera más allá de sus éxitos en temas de ciencias planetarias, su especialidad. Sospecho que su gran interés por comunicar la excitación y el romanticismo de la ciencia a quienquiera que le quisiera escuchar tiene mucho que ver con el hecho de que los presupuestos de investigación no hayan sufrido recortes ni siquiera en estos tiempos de tanta dureza presupuestaria. ¶